



Colecta en favor de su Santidad

LA revolución ha hecho á Pío IX el inestimable beneficio de que sea hoy el objeto principal de las oraciones del mundo.

También es el objeto de su caridad.

En las arcas pontificias, que dejó vacías la rapiña revolucionaria, han depositado su ofrenda el rico y el pobre; el jornalero y el príncipe; la noble matrona y la mujer del pueblo.

Si es grande y consolador ver á la cristiandad entera puesta de rodillas en la presencia de su Dios, elevando hasta su trono el perfume de la oración por su Pastor y por su Padre, no es menos grande y consolador ver al augusto Padre alimentado y vestido por la caridad de sus hijos.

Lima ha cumplido, en esta ocasión solemne, el doble deber de la oración y de la limosna.

Congregada en el templo de Dios, levantó su voz para reprobear la iniquidad y la injusticia y, también, para atraer sobre la víctima el dón de la fortaleza y sobre sus verdugos el dón de la penitencia.

No quiso ser menos, tampoco, en socorrer la gloriosa pobreza del Vicario de Jesucristo.

Cual más, cual menos, los fieles de esta ciudad se han apresurado á dar una limosna para el empobrecido tesoro de Su Santidad.

A continuación hallarán nuestros lectores la lista de los erogantes y de las limosnas y verán con satisfacción que la cantidad colectada, aunque pequeña en sí misma, no lo es, tomando en cuenta que no se han empleado muchos de los numerosos medios que para este género de colectas suelen usarse.

Todos los verdaderos católicos agradecerán muy vivamente al consejo superior de la sociedad católica el haber tomado la iniciativa de esta santa obra, y pedirán á Dios que derrame sus bendiciones sobre los que han erogado, siguiera un centavo, para socorrer al Papa.

Nuestro siglo es el siglo de los contrastes.

Al lado de sus lastimosas decadencias y de sus profundas miserias, señalará la historia grandiosas elevaciones y sublimes heroísmos.

Contará en páginas de luto á las generaciones venideras que Pío IX, el hombre santo y el hombre grande, de quien toda lengua hablaba bienes y á quien toda mano bendecía, fue víctima inocente de la cruel persecución de algunos hijos extraviados.

Pero, alternará esas páginas de duelo con páginas de luz, y escribirá que el Padre común comió el pan con el sudor del rostro de sus hijos y que las ovejas del inmenso redil de Jesucristo dieron su blanca lana para vestir á su Pastor.

La historia lo dirá; lo admirarán los pueblos y bendecirán al Dios, tres veces Santo, que ha confirmado su misericordia sobre el Ungido del Señor.



28 de Julio

FECHA memorable en los anales del Perú independiente; palabra breve, que encierra para sus hijos un tesoro de grandiosos recuerdos: á su mágica armonía late el corazón con violencia desconocida; un mundo de ideas se agolpa á nuestra mente. Y es que el sentimiento de la Patria se robustece en nosotros con el recuerdo de sus glorias.

Hace ya medio siglo, que nuestros padres juraron delante de Dios sacrificarse, á fin de mantener incólume la independencia del suelo que los vio nacer. Y lo cumplieron. Grabados están en la memoria de todos los inmensos sacrificios que hizo el Perú, antes de sentarse majestuosamente en el congreso de las naciones; pero esto no es todo. Los pueblos, como los individuos, no solo llenan su misión en este mundo con el hecho de existir; necesario es que su vida sea fecunda en resultados, sin lo cual está condenada á perecer la nación más poderosa. Es ley de la historia.

Los pueblos dotados de una gran virilidad, ricos y abundantes de elementos materiales, bastantes á conducirlos al más alto grado de prosperidad y bienestar, se han aniquilado poco á poco por el mal uso que han hecho de los ricos dones con que los dotara el Ser Supremo. Y si es verdad que no es el día de

nuestros grandes recuerdos, el más á propósito para hacer recriminaciones que mezclarían una gota de acíbar en el regocijo nacional, también lo es que debemos aprovechar de este momento solemne, en que la mente contempla embriagada las grandezas de la Patria y el corazón late de entusiasmo al recuerdo de su gloria, para renovar unidos, ante sus aras, el voto solemne, que en otro tiempo hicieron sus libertadores, jurando ante Dios y ante los hombres, no solo mantener la independencia que para ella alcanzaron sus espadas victoriosas, si nó también hacerla feliz y grande entre los pueblos de la tierra.

Plugo á la Divina Providencia dotar al Perú sobreabundantemente de todos los elementos necesarios, que, bien utilizados por sus hijos, bastan á elevarlo á un grado de prosperidad tal, que no tengan nada que envidiar á los otros pueblos. Mas, escrito está que no es solo la prosperidad material, la que constituye la grandeza de una nación. Esta no es otra cosa que el adorno exterior del edificio moral levantado por las virtudes de sus hijos, único fundamento sólido sobre el que reposa la verdadera grandeza.

No entra en nuestro propósito recorrer hoy, ni siquiera á grandes rasgos, la historia de la infancia y adolescencia de nuestra Patria.

Esas delicadas épocas, en la vida de los pueblos como en la de los individuos, están marcadas casi siempre por rasgos característicos de una época de formación y desarrollo; los elementos de vida se desenvuelven entonces con más ó menos lentitud y apenas hay quien no tenga que deplorar, en su edad viril, los extravíos de la juventud y el tiempo mal empleado de tan preciosa época de la vida. Esta dolorosa verdad está en la conciencia de todos; lo que es más aun, se encuentra escrita en la historia de todos los pueblos. Si esto es así, ¿por qué extrañar la ausencia de un completo

bienestar social en las naciones, cuya emancipación política aun es un hecho reciente? Nó; no aflijamos á la Patria con el recuerdo de sus extravíos; antes bien, fortifiquemos sus buenos propósitos, cooperemos como hijos amantes á ensanchar con nuestro brazo la senda de paz y de gloria por donde hace algún tiempo que camina; borremos de su memoria con nuestras virtudes las amarguras, que hijos infieles le causaron, ayudándola en los días de su juventud á prodigar locamente los tesoros con que la dotara el Dios de las naciones; y, para consolidar el edificio de su agradecimiento verdadero, unamos nuestros esfuerzos, formando á su alrededor con nuestros corazones una muralla impenetrable. Sí; que ninguno ose acercarse á nuestra querida Patria para dañarla; y cuando observemos que los enemigos de todo orden social se esconden en su seno para elaborar el veneno que más tarde debe darle la muerte, levantemos nuestra voz y nuestro brazo, señalando el peligro al amor de sus verdaderos hijos; combatamos sin descanso para extinguir, si posible fuera, el germen deletéreo que destruye infaliblemente el bienestar de las sociedades, envenenando hasta sus más delicadas fibras. ¡Alerta! verdaderos hijos del Perú. Si nuestros padres regaron con la sangre de sus venas el árbol de la libertad, si no escasearon sacrificio alguno que pudiese contribuir á la felicidad de la Patria, cuyo nombre escribieron con las puntas de sus espadas en el campo del honor, no por esto quedó terminada su obra; ellos al descender al sepulcro, al reclinar sobre sus tumbas sus yertas cabezas coronadas de inmarcesible laurel, encomendaron á sus hijos la continuación de su obra gloriosa; su mano, antes de soltar la espada de la victoria, bendijo la Patria que había conquistado, y sus ojos antes de cerrarse miraron con espanto los inmensos peligros que la rodeaban; por eso, la últi-

ma plegaria de su alma fue por la patria; por su verdadera dicha latió, la última vez, su noble corazón.

Cumple, pues, á los verdaderos hijos ser los fieles ejecutores de las últimas disposiciones de sus padres. Los ínclitos varones, que nos dieron libertad, no entendieron jamás que, al romper con mano vigorosa los vínculos que á otro pueblo nos ligara, romperían también la cadena de oro que une el Perú con el Dios de sus padres. No, no lo entendieron así, ni quisieron tampoco que esta Nación bendita relegase á los fastos del olvido el brillante catálogo de sus tradiciones religiosas; y porque no lo quisieron, y no lo entendieron así, legaron, junto con el deber de defender nuestro suelo hasta morir, el deber sagrado también de mantener incólume la religión, bendita fuente de nuestra verdadera prosperidad.

Unámonos, pues, hoy, que es por excelencia el día de la Patria para renovar al pie de los altares del Dios tres veces santo el doble y solemne juramento de conservar incólumes la Patria y su Religión y todas las gloriosas tradiciones, que constituyen el valioso tesoro de nuestra herencia y la porción más querida de nuestro corazón. Si así lo hacemos, nuestra prosperidad será sólida y, unidos y grandes, escribiremos nuestro nombre con caracteres luminosos en el libro de la Historia.



La animadversión de ciertos periódicos contra La Sociedad

EN la manera actual de ser de las sociedades, las ideas tienden irresistiblemente á propagarse, saliendo de la inteligencia humana después de haberse desarrollado y fortificado con la meditación, el estudio y la experiencia. El instinto de sociabilidad, la facilidad de medios de comunicación, las relaciones que van formándose por esta en todo el mundo y el interés creciente con que los acontecimientos van absorbiendo la atención general, hacen hoy del periodismo una exigencia ineludible. No hay necesidad intelectual que no esté servida por este órgano: las ciencias, las artes, los negocios, las mercancías, el entretenimiento y mera distracción de las familias, todas están representadas en un órgano de publicidad á quien se le permite tener toda la autonomía característica de su tipo especial, de su género propio, ninguna emulación suscita: el periódico de ciencias se hace para los amantes del saber; en sus encumbradas abstracciones, no encuentra sabor alguno el que tiene su atención meramente contraída á las ocupaciones materiales; el diario industrial tiene el derecho de servir puramente á las necesidades de la industria, presentar los procedimientos más expeditos y económicos, los aparatos más perfeccionados para obte-

ner los productos con más ventaja; en fin, la división del trabajo, que ofrece en el orden de la economía política grandes ventajas, tiene también una exacta aplicación en el orden intelectual.

Así, aunque el periodismo no siempre asume un tipo absoluto y exclusivo, aunque la ligereza de su carácter le permite abarcar la generalidad de los ramos de interés público, no por esto puede dejar de tener un objeto primordial, una causa dominante en su mira final.

Por consiguiente, si un periódico tiene marcado su tipo especial, es la mayor sin razón del mundo, acusarlo porque lo tenga; combátanse sus ideas, los principios que sostiene; pero no se pretenda que cambie su ruta, que deje de trabajar en lo que se ha propuesto.

Si todas las necesidades humanas están servidas, si hasta la fútil hilaridad tiene el derecho de serlo, ¿por qué la primordial necesidad moral del hombre no podrá ser atendida, sin causar celos y enojo á los demás vehículos de la inteligencia? ¿Porqué á la Religión le sentará mal tener un medio para propagar sus principios que han regenerado, ilustrado y ennoblecido al hombre? ¿Porqué se producirá este raro fenómeno en una nación católica, en una capital ilustrada?

La Sociedad es un periódico religioso, el más formal y ampliamente servido de toda la América latina: á nuestra capital cabe el honor de representar por medio de ella los altos intereses de la Religión. Esta nobilísima institución acatada por las más altas inteligencias ofrece un vasto estudio en el desenvolvimiento de todos los sucesos del mundo á que ella se halla ligada: el carácter universal del catolicismo le hace el objeto más homogéneo, más vasto y más grandioso del mundo: el heroísmo cotidiano de sus apóstoles y de sus vírgenes que se sacrifican por el bien de la humanidad la hacen la institución más simpática y admirable; su

benéfica y poderosa influencia en las familias y en los Estados, la constituyen la más codiciable y bendita.

¿Cómo explicar pues el encono de los periódicos de esta capital que tienen por tema hacer la guerra al diario religioso y que á pesar de hallarse sumamente desacordes en todos los demás puntos, solo están unánimes en el de perseguir á aquel? ¿Cómo comprender á la luz de la sana filosofía que para ellos carezcan absolutamente de interés todos los más importantes datos recogidos en dicho periódico acerca de los grandes sucesos religiosos, que preocupan á los hombres inteligentes y aun á los mismos gobiernos de todo el mundo?

Es un hecho reconocido generalmente que la gran desmoralización de la capital de Francia ha estado ligada con su inmensa caída y sus enormes crímenes y que esos acontecimientos han ocurrido en la coyuntura especial en que la Francia renunciaba á su honroso protectorado del catolicismo; estos interesantes fenómenos que estudia el diario religioso no importan á ciertos otros colegas; el horroroso cáncer que se propaga por medio de *la internacional*, amenazando gangrenar á todo el mundo y que se ha ofrecido en nuestras columnas al estudio de los hombres sensatos para su execración y alarma, no inquieta á los enemigos de *La Sociedad*; el movimiento religioso que se opera en todo el orbe, con motivo del destronamiento del Jefe del catolicismo que presenta el espectáculo más grandioso, más conmovedor y más universal que ha podido imaginarse, y al que tiene el interés y el derecho de asociarse toda la inmensa familia cristiana, encoge de hombros á los habituales despreciadores de *La Sociedad*. El sacrificio de las nobles y santas víctimas de París, todo, todo carece de interés para nuestros adversarios.

Puede, pues, concluirse, recta y lógicamente, que no es *La Sociedad* la que carece de interés para ciertos pe-

riódicos que dejan traslucir miserablemente sus sentimientos antirreligiosos, sino que desprecian altamente todos los altos sentimientos de la religión; no solo desprecian esta alta y veneranda institución, sino que desprecian los grandes sucesos históricos por los que hoy atraviesa la humanidad: no ven más que un negocio muy casero, muy rutinario y un círculo demasiado estrecho. No solamente esto: en todos los países avanzados en civilización existen periódicos religiosos y ellos no inspiran alarma, celos, ni animadversiones; la mera presencia de un diario religioso en esta capital ha puesto de mal humor á otros y conjurándole una guerra constante. En esto pues no hay ilustración, sino ruín y mezquino oscurantismo; no hay respeto por la libertad de la prensa, por más que se decante en las bellas teorías, pues se reserva para la práctica una hostilidad sistemática. Pero lo que todo esto entraña es una completa carencia del elemento religioso, un odio mal comprimido hacia la madre venerabilísima que nos ha dado el sér moral que tenemos, que nos ha inspirado los suaves y humanitarios sentimientos del cristianismo.

En cuanto á nosotros, tenemos á honra prestar nuestras débiles fuerzas á la causa más grande, más trascendental que puede existir sobre la tierra: nada nos importan las apreciaciones desfavorables de periódicos que no tienen un juicio recto, porque no es á nosotros ni á nuestro diario á quienes desprecian, sino á los altos y universales principios que defendemos.



La insurrección en París

EL NACIONAL, en la revista de la prensa de su número de 12 del presente, ha dedicado algunas líneas á impugnar el informe, que dimos á luz en nuestro número del viernes dirigido á la Asamblea nacional de Francia por la comisión nombrada para examinar las causas que han motivado los escandalosos desórdenes de París.

La apreciación de dicho periódico sobre las causas de los grandes atentados de la capital de Francia contraria á la solución de la misma comisión de la Asamblea, solución meditada en el foco de los acontecimientos por hombres experimentados y que han venido siguiendo el curso de los acontecimientos políticos y que tienen un interés palpitante de sondear la causa del mal para curarlo, no puede menos que ser una de esas ligerezas con que corren á veces ciertas plumas, que como las demás aves marítimas, rozan los más insondables abismos de los mares, sin profundizarlos ni darse cuenta de los monstruos que ellos encierran.

El Nacional pretende deducir las frenéticas exaltaciones de los crímenes de París del odio profundo de la clase [proletaria contra la aristocracia y el gobierno monárquico que ha ejercido una dura opresión contra el pueblo.

Para demostrar que esta no es la causa del mal, basta reflexionar que no son los ricos los que más han sufrido en París y que quien más injustas persecuciones ha experimentado ha sido el sacerdocio católico: ¿Qué tenía que ver el odio concentrado de la clase pobre contra la rica con la religión? ¿Porqué desconoció á Dios, que es el soberano creador de los bienes del hombre? ¿Porqué atacar á esa religión que exalta al humilde y abate al orgulloso, que enaltece la pobreza y aconseja al rico comunicar sus tesoros con el pobre? ¿qué condena el fausto y la ostentación? ¿Porqué perseguir y dar muerte al pobre y bondadoso sacerdote, que predica la caridad para con el infeliz y al Padre que fomenta tantas instituciones de beneficencia?

No hay lógica en la explicación de estos acontecimientos; y los crímenes tienen su lógica fatal en la hilación de sus funestos desvíos, como la tienen todos los hechos humanos.

Además ¿porqué se han encontrado, según testimonio unánime de todos, muchos extranjeros complicados en los inauditos atentados parisienses? ¿Qué odio, qué opresión iban á vengar esos extranjeros? ¿Será acaso la simpatía del sufrimiento la que reúne á todos los oprimidos del mundo para hacer solidaria su venganza? Eso es ya absurdo y fantástico: no da una solución satisfactoria.

Lo que reúne á los hombres de todas las nacionalidades del mundo, lo que les hace producir crímenes de un carácter que asombra al mundo entero y que pueden llamarse de trascendencia universal, es algo más extenso que lo que se encierra en una nación, en una clase y en una forma de gobierno: es algo que afecta á las condiciones generales de la humanidad: es la fermentación del mal; desbordándose ya de las naciones, es el fruto de la corrupción particular, eslabonado y amalgamado ya por el trabajo de las sociedades

secretas que de antemano han tendido sus tenebrosas redes por todas partes; es, en fin, el cáncer que se extiende por todo el mundo comunicándose en fatal contagio por la perversidad moral, como los miasmas deletereos de una peste, cuando llega á establecerse esa atroz simpatía, ese flujo y reflujo entre el hombre que la emite y el hombre que la recibe, por medio de la atmósfera que la propaga.

